

TUCAN  8+

Chelo Holmes, detective privado

DANIEL HERNÁNDEZ CHAMBERS



edebé



**Chelo Holmes,
detective privado**

Daniel Hernández Chambers

Chelo Holmes, detective privado

Ilustraciones: Manuel Ortega



edebé

© Daniel Hernández Chambers, 2013
www.danielhernandezchambers.com
Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia literaria

© Ed. Cast.: edebé, 2013
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com
Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebé.net

Directora de la colección: Reina Duarte
Editora de literatura infantil: Elena Valencia
Diseño gráfico de las cubiertas: César Farrés
© *Ilustraciones:* Manuel Ortega

1.^a edición, septiembre 2013

ISBN 978-84-683-0889-0
Depósito Legal: B. 10269-2013
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Este libro no existiría sin Merche,
que un día, en mitad de la autopista,
me regaló la idea. Hay muchas
otras cosas en mi vida
que tampoco existirían sin ella.*

Índice

Capítulo uno	13
Capítulo dos	19
Capítulo tres	27
Capítulo cuatro	39
Capítulo cinco	49
Capítulo seis	59
Capítulo siete	73
Capítulo ocho	79
Capítulo nueve	87
Capítulo diez	95
Capítulo once	105
Capítulo doce.....	117
Capítulo trece	127
Capítulo catorce	143
Capítulo quince	153
Capítulo dieciséis	171

AVISO AL LECTOR

Querido lector:

Siento que es mi obligación avisarte antes de que sea tarde. Si solo estás ojeando este libro, ciérralo ya. Si, por el contrario, pretendes leerlo hasta el fin permíteme un consejo: ¡no lo hagas! No pases de esta primera página. Ciérralo, devuélvelo al estante del que lo has cogido, o mejor, arrójalo a la hoguera, mételo en la nevera para que las letras se congelen y caigan del papel de modo que nadie pueda leerlo.

Tú verás lo que haces. Sigue con tu vida como hasta ahora, mantén la tranquilidad y la paz de tu espíritu, no sigas leyendo. No sigas leyendo.

Si no me haces caso y pasas de esta página, descubrirás un mundo que pocos conocen, organizaciones secretas, seres de piedra que cobran vida, animales que sobreviven allí donde no ha llegado la luz durante cientos de años. Acepta mi consejo, no continúes.

*Atentamente,
Chelo Holmes
(detective privado)*

*Insisto,
no pases esta página.
Sigue mi consejo.*

Ya veo que no me haces caso.

Está bien.

La elección es tuya.

Sigue leyendo si es lo que quieres...

Pero, ten cuidado, ¿de acuerdo?

Ten mucho cuidado.

Primera parte
El mensaje invisible

Capítulo uno

Por los ruidos y voces que llegaron a sus oídos desde fuera, Huan Shon supo que el barco había entrado en algún puerto y que los marineros se preparaban para realizar las tareas de ataque.

Respiró profundamente aliviado. Los últimos dos días los habían pasado en medio de una horrible tempestad y el pequeño Huan Shon aún se sentía mareado. Hacía más de un mes desde que partieran de Shanghái, pero en ningún mo-



mento había conseguido acostumbrarse a aquel continuo balanceo ni al zumbido del oleaje; el mar parecía un ser vivo que quisiera jugar con el buque antes de arrastrarlo hacia las profundidades. Constantemente, el pobre Huan había temido que sucediera precisamente eso, que el barco naufragase lejos de tierra firme. Pero al final nada tan terrible había ocurrido; había sido una travesía larga y dura de sobrellevar, especialmente por la falta de alimento, ya que Huan Shon no se había atrevido a salir de su escondrijo más que lo estrictamente necesario. En el barrio portuario de Shanghái había oído contar historias sobre lo que se solía hacer en alta mar con los polizones: a algunos se les arrojaba al agua y adiós muy buenas; a otros, los afortunados, se les abandonaba



en una isla desierta... Y él no quería vivir en sus carnes ninguna de aquellas dos opciones, así que solo osó hacer incursiones a la cocina cuando el hambre era tan intensa que no le permitía ni siquiera dormir.

Sí, el viaje había sido muy duro, pero había llegado a su fin. Huan Shon no tenía la más mínima idea de a qué puerto de qué país habían arribado, pero estaba decidido a abandonar aquel buque mercante y buscarse la vida.

Esperó pacientemente a que los sonidos del exterior le confirmasen que la operación de ataque había finalizado, luego escuchó con atención a varios miembros de la tripulación, contentos también por poder bajar a tierra después de tanto tiempo. Uno de ellos dijo que según



el capitán estarían tres días allí, lo justo para reparar una avería en la sala de máquinas y descargar parte de la mercancía que transportaban. Así pues, Huan Shon pensó que lo mejor sería esperar unas horas y no arriesgarse hasta estar seguro de tener el camino libre. Había aguantado todo un mes, ¿qué suponían unas pocas horas más?

Se acomodó sobre un contenedor y aguardó, pensando qué encontraría una vez estuviese en tierra firme, qué ciudad sería aquella y qué tipo de gente viviría allí.

Cuando los ruidos cesaron por completo imaginó que sería ya de noche y los marineros estarían durmiendo, o tal vez de fiesta en el puerto, así que recogió sus bártulos, que eran muy pocos, pues un



polizón no suele llevar equipaje. Se puso la bolsa a la espalda y, con sumo sigilo, salió de la bodega. Una escalerilla llevaba a la planta superior, donde estaban los camarotes de la tripulación, y luego había otra que llevaba directamente a la cubierta. Aguzó sus oídos y no escuchó nada, así que se arriesgó a subir el primer tramo de escalones. Estaba muy oscuro, pero sus ojillos estaban acostumbrados. No había nadie; de una de las puertas cerradas salían los ronquidos como locomotora de tren de algún marinero: «chu... chu... chucuchucuchú... chu... chu...», eso era todo. El resto, silencio solo interrumpido por el crujir de la madera y el tintineo metálico de los aparejos. Subió la siguiente escalerilla y se asomó a la cubierta. Tampoco allí había nadie. Menos mal. Huan Shon



sonrió, sacó su menudo cuerpo por la escotilla y corrió a echar un vistazo por la borda.

Los primeros edificios, al otro lado del muelle, estaban en penumbra, pero más allá se podían ver las luces de una ciudad inmensa.

Huan Shon se encaramó a una de las cuerdas que mantenían el buque sujeto al muelle, y se deslizó ágilmente por ella hasta tierra. Luego, corrió a refugiarse en las sombras.